

la polución de un mundo del que dependemos para vivir, donde todo lector ávido de una novela de violencia o de cualquier hecho siniestro, o de una película de bandidos contribuye, sin darse cuenta, a esta pasión por matar que en medio siglo nos ha costado millones de muertos. ¿Estos jóvenes han tenido razón, sí o no, en abandonar todo esto que les rodea?

La respuesta dependerá en definitiva del cambio que haya producido en nuestro corazón su sacrificio. ¿Podríamos impedir tales inmolaciones o lo que es más importante, podríamos en un futuro hacer que muchos corazones puros no siguieran el mismo camino? Ante esta interrogación tan acuciante, tenemos que admitir que ninguna de las razones habituales que podríamos esgrimir para asegurar su supervivencia no son lo suficientemente fuertes para retener a quienes no aceptan este mundo como es. Sería en vano decirles que son los más hábiles o quizá los más inteligentes quienes pueden sobrevivir en el caos en que nos encontramos o aún extraer algunas parcelas de dicha o éxito, ya que la muerte no está en ellos sino en quienes los rodean.

Parece correcto que a este sacrificio del monje budista, tan digno de admiración en el fondo de su horror, no pueda oponerse útilmente sino la tradición que quiere que el mismo Buda, a punto de entrar en la paz, decida permanecer en este mundo en tanto que una sola creatura viva tenga necesidad de su ayuda. Los que se van son, sin duda, los mejores: habríamos tenido necesidad urgente de su ayuda. Podríamos haberlos salvado si hubiéramos sido capaces de persuadirlos de que su rechazo, indignación, el mismo desespero, eran necesarios si hubiéramos sabido oponer a esta facilidad siniestra de morir, la dificultad heroica de vivir (o de tratar de vivir) haciendo de este mundo un lugar un poco menos escandaloso de nuestra existencia. ■

# SECUENCIA DE PASCUA, UNA DE LAS MÁS BELLAS HISTORIAS DEL MUNDO

MARGUERITE YOURCENAR

TRADUCCIÓN DE ALBERTO BETANCOURT

Dejando a un lado, al menos momentáneamente, las ceremonias y los ritos de la más santa de las semanas cristianas, me voy a esforzar a partir de los textos sagrados que se leen en las iglesias, pero que no siempre se entienden, en mostrar los elementos que nos confundirían si los encontráramos en Dostoievski o Tolstói, o no importa en qué biografía o en cuál reportaje consagrados a la vida de un grande hombre o de una gran víctima. En resumen, el desarrollo de una de las más bellas historias del mundo.

El prólogo es cuasi irónico: unas pobres gentes llegan a la capital acompañadas por su dilecto maestro y rápidamente este mismo populacho que lo aclama y ensalza lo vilipendia y escupe. Una frugal comida de celebración, un traidor descubierto entre los doce invitados, un inocente que pregona muy en alto su incondicional adhesión y será el primero en tener un momento de desfallecimiento y negación, el más joven y el más amado apoyado indolentemente

en el hombro de su maestro envuelto en un manto dorado que frecuentemente protege a la juventud, el maestro, aislado por su sabiduría y su presciencia, en medio de estos ignorantes y débiles que son lo mejor que él ha encontrado para seguirle y continuar su obra.

Llegada la noche, en un rincón del huerto que domina la ciudad, donde todos lo han abandonado, a excepción de sus enemigos; las largas horas negras en las que la presciencia se cambia en angustia; la víctima que ora para que la prueba le sea conmutada, a sabiendas de que no puede ser cambiada, y si lo fuese le tocaría recorrer el mismo camino; el

“Me sentiría más cerca de Jesús si hubiera sido fusilado y no crucificado” me decía un joven oficial que estuvo en la guerra de Corea.

alma eterna “que observa su voto a pesar de la noche sola”. (Que Aragón y Rimbaud nos ayuden a entender a Marcos o Juan.) En tanto que sufre, sus amigos duermen, incapaces de sentir la urgencia del momento. “¿Acaso no podéis vigilar un momento conmigo?” No, no pueden; tienen sueño; quien los llama no ignora por lo demás que llegaría un día en que estos desgraciados tendrán que sufrir y vigilar.

Llega la tropa presta a detener al inculpado. El ardiente defensor que corre el riesgo de empeorar las cosas rápidamente se desinflará. Los dos establecimientos, el eclesiástico y el laico, impedidos ambos, se reparten el acusado. El eterno diálogo del fervor y del escepticismo que se

complementa mutuamente: “Quien ama la verdad me escucha” —¿Qué es la verdad?— El gran funcionario que se lavó sus manos protestando la inocencia del reo dejó a la multitud la elección del prisionero que debería liberarse ante la proximidad de las fiestas de la Pascua, y que como es bien entendido no fue el justo inocente sino el criminal recalcitrante. El condenado, insultado, golpeado, atormentado por los esbirros, varios de los cuales son probablemente buenos padres de familia, vecinos serviciales, buenos ciudadanos, a quienes se obligaba a llevar los instrumentos de suplicio tal como en los campos, en ocasiones, los prisioneros llevaban una pala para excavar su propia sepultura. El pequeño grupo de amigos congregados alrededor del ajusticiado aceptando la humillación y el peligro que acarrea la fidelidad. Las querellas de los guardias que se disputan la ropa vieja o inútil como en tiempo de guerra los camaradas del muerto se peleaban en ocasiones su cinturón y sus botas.

La ternura se manifestaba bajo la forma de recomendaciones a los suyos, de parte de un ser demasiado atrapado hasta ahora para soñar y creer mucho en ellos: el agonizante que da a su madre en calidad de hijo a su mejor amigo. (Así como en nuestro tiempo, en todos los países, las últimas cartas de los condenados o de los soldados que parten para una misión de la que no volverán, llenas de consejos, respecto al matrimonio de la hermana o a la pensión de la anciana madre.) El intercambio de propósitos con un condenado de derecho común en quien se ha reconocido un hombre de noble corazón; la larga agonía al sol, al viento inclemente, a la vista de la multitud que poco a poco se dispersa porque el drama no se resuelve rápidamente. La exclamación que parece indicar que para que todo se cumpla la desesperación es un estado por el que es necesario pasar: “¿Por qué me has abandonado?”. Y, al cabo de algunas horas, estas pobres gentes recibirán como limosna por la muerte del justo una tumba, y los centinelas (desconfíese de las semejanzas) dormirán cerca del muro como otrora lo hicieran los humildes compañeros fatigados cerca de la angustia viviente.

¿Qué más? Las horas, los días, las semanas que insensiblemente se deslizaban entre el duelo y la confianza, entre un fantasma y Dios, en esta atmosfera crepuscular donde nada está plenamente confirmado, verificado, demostrado y pasa la corriente de aire de lo inexplicable, como en alguno de estos pobres informes hechos para el avance de las ciencias psíquicas, tanto más inquietantes pues en nada concluyen.

La antigua prostituta que llega al cementerio en función de oración y lágrimas y que cree reconocer al que ha perdido bajo el aspecto del jardinero. ¿Qué más bello nombre puede darse a quien es capaz de hacer brotar tantas semillas en el alma humana? Y más tarde, cuando la emoción, como dicen los informes policiales, se ha calmado, a los dos fieles que marchan a lo largo del camino se les une un simpático viajero que consciente en pasar la noche con ellos en la posada y que desaparece en el momento en que sus compañeros lo reconocen como a Él. Una de las más bellas historias del mundo culmina por estos reflejos de una Presencia, muy semejante a las nubes que aún colorean el sol que se oculta bajo el horizonte.

“Me sentiría más cerca de Jesús si hubiera sido fusilado y no crucificado” me decía un joven oficial que estuvo en la guerra de Corea. Es para él y para todos aquellos que no alcanzan a entrever lo esencial en los hechos accesorios del pasado, para quienes escribo estas líneas que preceden. ■

*Alberto Betancourt Arango*  
Abejorral, Antioquia, 1923.  
Médico obstetra-ginecólogo. Estudiante de Virgilio, traductor de Ovidio, Séneca, Horacio y de Leibniz. Miembro de la Academia de Medicina de Medellín.

